

Luis Oyarzún

El pensamiento educacional de don Simón Rodríguez



ON Simón Rodríguez, que fuera maestro y consejero de Bolívar, es una de las figuras más originales entre las que aparecen en los comienzos de nuestra historia educacional, pues en él se dieron con más acusados relieves que en ningún otro, algunas de las características más típicas de la curiosa formación espiritual de la mayoría de nuestros próceres intelectuales de la Independencia. Alimentado en su primera edad por los jugos culturales del mundo católico hispanoamericano, su devoción religiosa lo llevó a formas de vida tan austeras que, aun cuando sus virtudes fueran reconocidas y tenidas en alta estimación por sus contemporáneos de Caracas, no dejaba de ser mirado como un personaje extravagante que interpretaba de un modo demasiado personal los mandatos de la religión. Su conducta intachable y la fama de su saber determinaron, sin embargo, a la Real Audiencia de la capital venezolana a encomendarle la educación del niño Simón Bolívar con quien convivió en la más completa intimidad hasta el momento en que el muchacho fuera enviado a España a continuar sus estudios. Por esa misma época, según se dice, comenzaron a operarse en el maestro los radicales cambios que, alterando su ideología y su vida, iban a permitir a su naturaleza expresarse

con personalidad tan bizarra. El Cabildo de Caracas lo nombró preceptor de una escuela municipal y a poco andar Rodríguez elaboró un plan de educación que las autoridades consideraron inmoral y anti-monárquico. En él se manifestaban ya los efectos de la crisis intelectual y moral por que su autor venía atravesando desde que conoció y asimiló las ideas revolucionarias del pensamiento ilustrado. Poco más tarde, puesto en cuarentena en su patria, debió comenzar su largo peregrinaje por el mundo, estableciéndose primero en la isla de Jamaica, en donde, para aprender el inglés, se matriculó desenfadadamente, como un chico, en una escuela pública. Cuentan las crónicas que el hombre, maduro ya, no se avergonzaba de corretear y divertirse con sus infantiles compañeros, animado acaso por ese nuevo espíritu que había popularizado Rousseau y que, descubriendo los insospechados valores de la infancia, propiciaba un retorno a edades más felices y una nueva comunión con la naturaleza.

Los viajes iban a ocupar en adelante su vida entera, contribuyendo sin duda a que su personalidad acentuase más aún ese sello de universalismo, sabiduría y delirio que la hiciera tan notable en América. De acuerdo con las escasas noticias fidedignas que se tienen de sus andanzas, erró 26 años por Europa—recorriendo a pie, según se cuenta, inmensas distancias—y 18 por tierras de América. Se asegura que empleó dos años en viajar como simple caminante por los Estados Unidos y es de presumir que en todas partes quiso conocerlo todo y vivir una multiplicidad de experiencias que bien pocos hispanoamericanos habían tenido hasta entonces oportunidad de recoger. Su raro genio, igualmente interesado en la aventura y en el estudio, lo llevó a aprender las cosas más heteróclitas, como la teneduría de libros y la química industrial, al mismo tiempo que su vocación pedagógica lo inclinaba a introducir mejoras en la enseñanza. Dicen que, como hombre experto en artes industriales, habría podido enriquecerse en Londres, que a la sazón—a comienzos del siglo XIX—era el emporio a donde comenzaba a afluir la

riqueza de la tierra, pero, dominado por su afán vagabundo, no quiso echar raíces definitivas en parte alguna. «No quiero parecerme a los árboles—decía—que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, a todas esas cosas que marchan sin cesar». El fervor que entonces despertaba el conocimiento científico, sus directas vinculaciones con el mundo de la acción y con la felicidad del hombre y la ya sensible tendencia a proyectarlo hacia el universo social afectaron intensamente el espíritu de nuestro raro patricio que, apoyado en su báculo de peregrino, se conocería palmo a palmo los caminos más frecuentados por la civilización europea, curioso de todo y aplicado a la tarea de cosechar ideas y prácticas que fuesen un día aprovechables a la América Española, destinada a erigirse ante las naciones como la nueva tierra prometida. Pues, mientras don Simón Rodríguez vagaba por Europa, el continente americano había iniciado su lucha contra España y su hijo espiritual, Simón Bolívar, era uno de los adalides de la heroica empresa. Juntos habían subido al monte Aventino en Roma y el maestro, con los ojos llenos de lágrimas, había escuchado el singular juramento del discípulo que prometía libertar a su patria y a las naciones hermanas para constituir con ellas un mundo realmente nuevo. Juntos habían estado después en Francia y ahora, al cabo de pocos años, el mancebo comenzaba a cumplir sus desmesurados sueños. Para don Simón aquello era el milagro que realiza el espíritu cuando su soplo inmortal atraviesa a hombres capaces de entender su secreto. Y él había sido uno de éstos.

Al lado de Bolívar, de regreso a su América, quiso Rodríguez, como consejero del héroe y organizador educacional de las nacientes Repúblicas, poner en obra las doctrinas pedagógicas a que nos referiremos en seguida, convencido de que las escuelas son capaces de transfigurar a los pueblos y de colonizar a las naciones nuevas con sus propios habitantes, sin necesidad de recurrir a elementos extraños. Había llegado el momento de hacer de una vez por todas la verdadera América que, geográfi-

camente conquistada por las armas de Bolívar y sus émulos, debía ser ganada por el maestro, que al fin hallaba la ocasión de materializar su ideal de humanidad, para una nueva cultura. Las vicisitudes de la estrella del discípulo, que tan rápidamente se eclipsara, repercutieron, sin embargo, en la suerte de don Simón Rodríguez que, a la caída de su amigo, debió hacerse de nuevo a su vida de peregrino incansable. Sus andanzas lo trajeron a Chile, en donde las circunstancias adversas y su propia condición lo obligaron a desempeñarse en trabajos variados que van desde la instalación de una escuela de raro tipo en Valparaíso hasta la de una fábrica de velas, con las que iluminaba a la América, según decía, burlándose tristemente de sí mismo. Cuenta Amunátegui Solar (1) que, al decir del viajero francés Dumont d'Urville que lo encontró en la Araucanía, el sabio maestro se habría trasladado, decepcionado de la civilización, a ese salvaje territorio, en el que fundó, amancebado con una india, una extraña familia cuyos hijos fueron bautizados por él con los nombres de *Poroto*, *Zanahoria* y *Choclo*, indudablemente para significar con eso su terminante repudio de los usos tradicionales y establecidos. Ya muy anciano, parece haber pasado al Ecuador, en donde volvió a instalar una fábrica de velas y a intentar una nueva descabellada empresa que propuso al Gobierno de esa República: colonizar el oriente del país con muchachos. Mas, como se negara a aceptar un sueldo en su calidad de director de la obra y exigiera anticipadamente, en cambio, una suma alzada de dinero, que el Gobierno no quiso acordarle, la idea no llegó a ser realizada. A los 83 años, Rodríguez murió en el pueblo de Huaymas, en el Perú, en marzo de 1854.

En lo poco que se ha conservado de su obra—apenas la primera parte del *Tratado sobre las Luces y sobre las Virtudes Sociales*—, acaso el pensamiento central de Rodríguez sea la afirmación del destino mesiánico de América en la edad contem-

(1) «Los primeros años de Instituto Nacional».

poránea. La independencia hispanoamericana—suceso que a muchos hubo de parecer milagroso y cargado de resonancias para el futuro—y la bancarrota de la Revolución Francesa inclinaron a numerosos publicistas a pensar que Europa se debatía en sus últimas convulsiones o que, por lo menos, nada importante podía crear ya para el mundo, mientras las nuevas naciones, por el contrario, recién nacidas a la vida del progreso y apoyadas en la verdadera sabiduría, estaban encargadas de realizar una cultura que por primera vez sería la auténticamente humana, puesto que su punto de mira iba a ser siempre la mayor grandeza y libertad del hombre. Nadie había visto más directamente que don Simón Rodríguez el cuerpo social europeo y nadie, por lo mismo, estaba más legítimamente autorizado para señalar con conocimiento de causa sus lacerías y dolencias. «No se alegue la sabiduría de la Europa—diría—porque, arrollando ese brillante velo que la cubre, aparecerá el horroroso cuadro de su miseria y de sus vicios, resaltando en un fondo de ignorancia... ¡Ignorante la Europa!, interrumpirán algunos. Sí: cuéntense los esclavos en Rusia, en Polonia y en Turquía; agréguese los millones de judíos, que el desprecio mantiene en la abyección; los millones de campesinos, de marineros, de artesanos; ábranse las puertas de las cárceles y las de los hospicios; júntense los sirvientes públicos y domésticos; visítense las casas de juego y los lupanares; penétrese en los mercados y en los vastos talleres de la industria y, al cabo de algunos meses de observación, éntrese en las bibliotecas, en los gabinetes, en los teatros, en las tertulias de alto tono, en las cortes, si se ofrece, y póngase en la balanza el peso de las impresiones recibidas: piénsese, después, en el efecto que han producido en todas las clases del pueblo los rayos de luz que ha despedido esa misma sabiduría que se admira, y se concluirá que la instrucción pública en el siglo XIX pide mucha filosofía, que el interés general está clamando por una reforma y que la América está llamada por las circunstancias a emprenderla; atrevida paradoja parecerá, no importa, los acontecimientos irán

probando que es una verdad muy obvia: la América no debe imitar servilmente sino ser original» (1).

¿Quién se hubiera atrevido, entre nosotros, a proclamar con más énfasis que este loco trashumante la falencia de Europa como rectora de la vida cultural del mundo? Por lo demás, adviértase el especial sentido en que emplea los términos *ignorancia* y *sabiduría*, a los que carga de contenidos vitales, pragmáticos. ¿Ignorante la Europa? Sí, pues no podría ser considerada como sabia una sociedad llagada por la miseria y por los vicios, una sociedad que toleraba la esclavitud, que hacía distingos raciales, que mantenía al margen de la vida superior a las masas explotadas, a pesar de sus bibliotecas, gabinetes científicos, teatros, salones y cortes. Para curar tantos males no bastaría con la simple instrucción pública. Era necesaria una educación dirigida por una filosofía, lo que para la mente ilustrada de Rodríguez significaba un sistema de conocimientos, de *luces*, realmente formadores, orientados hacia la comprensión del hombre y su destino: una auténtica sabiduría, en el sentido clásico del término. La Europa superpoblada—superpoblada de gentes y tradiciones seculares—tenía que resistirse a la acción transformadora de ese saber fundamental. Pero, afortunadamente para el mundo, había un continente virgen que, ligero de cuerpo y de alma, podría ser moldeado por el espíritu de regeneración si sus mejores hijos tomaban sobre sí la misión de enseñar a vivir a sus conciudadanos. Esa debía ser justamente la misión de las escuelas hispanoamericanas: enseñar a vivir una existencia nueva, enseñar a pensar, enseñar oficios y profesiones prácticas, enseñar la moral. Mas, para ello le parecía a Rodríguez indispensable poseer una clara conciencia de lo que se comenzaría a hacer, pues, ¿cómo educar sin entender lo que se hace, sin conocer el sentido de la propia actividad y sin darse cuenta de los obstáculos que es preciso vencer para llegar al fin? «Para poner en prác-

(1) Tratado sobre las Luces, págs. 6 y 7.

tica la idea de la República ocurrió la cabeza a las manos y en las manos permanece: es menester que vuelva la idea a la cabeza» (1). En pocos publicistas nuestros de la época se encuentra más aguda y lapidariamente expresada la petición de un pensamiento director, que diera una orientación definida a la múltiple actividad de estos pueblos que aspiraban a construirse como personalidades originales. Mas, no bastaría siquiera con la posesión de un ideario coherente. Se requería, además, adoptar frente al mundo americano una actitud audazmente realista, para conciliar los imperativos del pensamiento con los datos de la realidad, como única manera de no esterilizar la acción en aras de una vana utopía. En este sentido, a pesar de su tiempo y gracias a su nutrida experiencia de hombre que había vivido en permanente contacto con las cosas, don Simón Rodríguez estaba lejos de ser un ideólogo. «Sueño es tomar las cosas por lo que no son, durmiendo; delirio es hacer lo mismo, despierto. Querer que las cosas sean lo que no son o hagan lo que no pueden hacer, porque nos conviene o porque nos figuramos conveniencia, no es sueño ni delirio sino simpleza, efecto de la ignorancia» (2). El progresista Rodríguez comenzaba rindiendo a la realidad un saludable acatamiento, y entendía que no podría organizarse una fecunda política efectivamente americana sin un conocimiento básico de la sociedad y de sus leyes. «Un hombre se excluye voluntariamente de toda comunidad parcial, cuyas instituciones ignora, y al mismo tiempo se cree apto para ejercer las funciones de ciudadano en la comunidad general, sin entenderla! ¿Será de mejor cordición una cofradía que la sociedad? No hay viejo que se eche el escapulario de una hermandad, sin estar impuesto en la regla, y al mismo tiempo está echando hijos ¡a pares! en las calles, sin decirles siquiera lo que es poblado» (3).

(1) Ob. cit., pág. 80.

(2) Ob. cit., pág. 28.

(3) Id., pág. 29.

Si América quería asumir, en consecuencia, la plenitud de sus responsabilidades históricas, debía tener ideas claras acerca de sus deseos y de sus capacidades, a la vez una ciencia del ideal y un certero conocimiento de la realidad. Sólo de esa manera la política y, dentro de ella, la educación, podrían ser herramientas eficientes. «Instruir no es educar ni la instrucción puede ser un equivalente de la educación, aunque instruyendo se eduque. En prueba de que con acumular conocimientos extraños al arte de vivir nada se ha hecho para formar la conducta social, véanse los muchísimos sabios malcriados que pueblan el país de las ciencias» (1). Instruyendo se educa, indudablemente; siempre que se impartan aquellos conocimientos vinculados al arte de vivir y capaces, por lo mismo, de proyectarse hacia la vida y encauzarla. La idea de una educación vitalizada se confunde en el pensamiento de Rodríguez con la de una educación funcional. Pues, si no son dados esos conocimientos primarios—morales, económicos y principalmente sociales—nada valen los otros, que constituyen la mera erudición. «Instruir no es educar: los conocimientos son armas de que por lo regular se sirve contra la sociedad el que no la conoce» (2). Lo primero es, entonces, conocer la sociedad, saber hacia dónde es preciso encaminarla, cuáles son los recursos con que se cuenta para ello y cuáles las dificultades que habría que doblegar. Hay, en suma, una organización jerárquica del saber, dentro de la cual el más alto rango, a la vez que el de más imprescindible necesidad, es el saber de lo humano. «Entre los conocimientos que el hombre puede adquirir, hay uno que es de estricta obligación: el de sus semejantes» (3). Adhería fervorosamente Rodríguez a la convicción que con tanta firmeza habían abrigado los pensadores del Iluminismo, al afirmar que no hay estudio más alto ni más propio del hombre que el de la humanidad misma.

(1) Ob. cit., pág. 1.

(2) Id., pág. 2.

(3) Id., pág. 12.

La educación se propondrá habilitar para la vida—preparar para el goce de la ciudadanía que es como un resumen de lo mejor de la condición humana—a través de cuatro especies de conocimientos: saber social, sin el que no hay naciones prudentes; saber corporal, que permite constituir pueblos robustos y sanos; saber técnico, que hace a los individuos expertos en algún oficio y capaces de ganarse decorosamente la vida, contribuyendo, al mismo tiempo, a un mayor bienestar, y saber científico, que permite pensar correcta y objetivamente. En lo relativo a la enseñanza del idioma, Rodríguez fué terminante y audaz: «Con respecto a la lengua, leerla es tan necesario como hablarla con pureza; pero, ¿qué leerá el que no entienda los libros? ¿de qué hablará el que no tenga ideas? ¡Ideas! ¡Ideas!, primero que letras» (1). Poco más tarde—el *Tratado sobre las Luces y Virtudes Sociales* fué publicado en 1840—Sarmiento, en su célebre polémica con Bello acerca del significado de las humanidades, adoptaría una posición análoga a la de Rodríguez, y exigiría antes que nada una filosofía de la vida, que, con formas elegantes o torpes, contribuyera a dar un sentido a la dislocada existencia hispanoamericana. Sería absurdo—decían—conceder una religiosa dedicación al cultivo de las letras, considerándolas como objetos valiosos por sí mismos, en pueblos que, urgidos por la necesidad de constituirse en naciones, sólo deben reparar en lo que ellas poseen de eficacia instrumental, en su virtud de servidoras de un pensamiento orientado hacia la acción.

En cuanto a los métodos de enseñanza, en cambio, Rodríguez—interesado primordialmente en el problema político de la educación, en la materia de enseñanza antes que en las formas y modos del aprendizaje—se limitó a adherir a la posición tradicional, propiciando clases expositivas, conferenciales y oponiéndose a las que no consisten más que en la estricta lectura y memorización de textos, por estimar que de esa manera no se

(1) Id., pág. 27.

logra sino confirmar o propagar errores. Demasiado creyente en la potencia transformadora que la verdad tendría por sí misma, pensaba Rodríguez, como sus contemporáneos ilustrados, que la cuestión central de la enseñanza estriba en la selección de los conocimientos que deben ser transmitidos y que las modalidades de esa operación no pasan de tener una importancia secundaria.

La verdad, comunicada de un espíritu a otro por medio del discurso, germina en el espíritu de los hombres hasta constituirse en una fuerza moral, que es el alma de toda cultura y especialmente de toda sociedad republicana. He ahí por qué el primer deber de una República es educar a las masas—«educar al soberano», como diría Sarmiento—, dar conciencia de sí mismas, de sus obligaciones y derechos, a esas multitudes que, para gloria eterna del género humano, han dejado ya de estar pasivamente sometidas al arbitrio de sus gobernantes, pues sólo en una comunidad educada pueden conjugarse esos dos elementos fundamentales que hoy están separados: la fuerza material y la fuerza moral. Vió Rodríguez con clarividencia sorprendente el peligro de la rebelión de las masas, como consecuencia del acelerado cambio de las condiciones de vida. «El que observa a los hombres influyentes del día, los ve semejantes a un amo que, contando, como de costumbre, con la sumisión de un perro, que ha tenido siempre atado y que le ha obedecido ciegamente, siempre que lo ha azuzado contra otros, un día, en que el perro se ve suelto y siente que con los dientes con que ataca puede defenderse, quiere el amo hacerlo obedecer a gritos o levantando un palo... Se le abalanza el perro... ¡Qué sorpresa!... Quiere insistir, pero advierte el peligro y el partido que toma es el mejor: se modera, lo llama por su nombre, le muestra el pan y lo acaricia» (1). Mas, ¿cómo llegar a esa conciliación que, en última instancia, habrá de conferir al elemento dominado una igual-

(1) Ob. cit., pág. 4.

dad de rango con el dominador si no por la educación? ¿No es eso lo que deben hacer las repúblicas hispano-americanas? ¡Cuán difícil es, sin embargo, esta tarea para ellas, que presentan tantas y tales características de excepción! Su peculiaridad histórica y la inseguridad de su futuro destino las obligan, efectivamente, a pensar con originalidad, a tratar de resolver de nuevo, y con un nuevo sentido, los viejos problemas de la cultura, y en especial el de la educación. «Muchos tratados se han publicado sobre la educación en general, y algunos sobre el modo de aplicar sus principios a formar ciertas clases de personas; pero todavía no se ha escrito para educar pueblos que se erigen en naciones en un suelo vastísimo, desierto, habitable en gran parte y transitable en casi todas direcciones: en un tiempo en que la luz de la razón alumbraba los principales puntos del globo, y en unas circunstancias tan singulares, como las de la reacción de la ignorancia abatida contra la filosofía triunfante» (1). ¿Cómo educar en estos yermos de tal modo que, salvando los peligros que los amenazan, sus pueblos consigan la habilidad necesaria para participar en la vida republicana? ¿De qué manera americanizar, arraigar en América la luz de la razón? Hay una filosofía triunfante, la filosofía de las luces, contra la cual se levanta la ignorancia abatida que intenta recuperar su imperio, esa ignorancia que para el pensamiento ilustrado se identificaba con la Monarquía, con la Iglesia, con la esclavitud del espíritu, que habían sido dueñas y señoras de la América Española hasta la Emancipación y que aspiraban a reconquistar su cetro bajo las formas de la República. Para contener esa amenaza, estos países debían adaptar lo mejor del pensamiento europeo a sus condiciones singulares de existencia y encarnarlo en sus sistemas educacionales, con el objeto de dar a todos los individuos un claro sistema de fines, una escala de valores que iluminara su acción social. De ahí la necesidad de generalizar la

(1) Id., pág. 5.

educación. En otra época, millones de hombres podían quedarse sin ella, pero bajo el nuevo régimen todos debían tener conocimientos sociales y los gobiernos debían proporcionarles los medios de adquirirlos. En países en los que no existía una sociedad realmente digna de este nombre, la educación debía ser impartida por el Estado, no sólo por ser éste el más poderoso poder social, sino también porque sus dirigentes habrían de ser los más sabios de los ciudadanos, los más capaces de constituir un organismo civil coherente, claramente dirigido hacia las metas mejores. «La instrucción debe ser nacional, no estar a la elección de los discípulos ni a la de sus padres, no darse en desorden, de prisa ni en abreviatura» (1). Existe la obligación de enseñar, porque existe la obligación correlativa de aprender. No todos los padres de familia pueden enseñar. «El Gobierno suple por ellos; luego, el Gobierno debe ser maestro». «Generalizar la instrucción y asumir el Gobierno las funciones de padre común en la educación es una necesidad que se manifiesta en nuestro siglo, como se ha manifestado la necesidad de la vacuna» (2). El Estado docente aparecía determinado, para Rodríguez, por la idiosincrasia misma del siglo, que presenciaba la progresiva ascensión de nuevas clases a la vida activa de la cultura y, más aún que para Europa, se le imponía como evidente su necesidad para la América Española, en donde la iniciativa particular jamás habría sido suficiente para atender a las demandas educacionales del medio y sobre todo para asegurar la organización de la comunidad alrededor de un mismo plan general de vida. Pues éste último era, sin duda, el punto que le parecía fundamental: la transformación de los individuos dirigida hacia el establecimiento de una sociedad republicana en la que cada uno, desde su esfera propia, pudiera participar libre e intensamente en el movimiento social. La principal tarea de la educación debía

(1) Ob. cit., pág. 5.

(2) Id., págs. 18 y 21.

ser, entonces, la reforma moral y, dadas las condiciones imperantes en el mundo en ese momento, la América no podría beneficiarse con el auxilio de la experiencia europea en esta empresa, pues el viejo continente estaba como ella sumido en la incertidumbre, agitado por fuerzas contradictorias y debilitado por el influjo negativo de sus tradiciones milenarias. «Nunca reformará la Europa su moral, como reforma sus edificios. Las ciudades modernas son modelos de gusto y comodidad; muchas de las viejas van cediendo el paso a las nuevas; pero los habitantes son siempre los mismos: saben más que antes, pero no obran mejor; merecen elogios por lo primero, sin ser culpables por lo segundo» (1). América no tenía, en sentido estricto tradiciones; por lo menos creía, en esos años, estar naciendo a la vida libre de todo peso de pasado. Para Rodríguez, la tradición, indispensable en las ciencias y de absoluta necesidad en muchas artes, es un gran mal cuando se trata de las costumbres: «deberían perderse algunas cosas buenas, por no conservar con ellas las malas...» (2). Entre líneas, señalaba Rodríguez la primera misión de un Estado hispanoamericano: fundar, por medio de la educación, una nueva moral. No definió bien nuestro autor los caracteres de esta moral, que debía oponerse a la antigua. Parece haberse contentado con instar a sus conciudadanos a buscarla y formularla, pero, en todo caso, es fácil advertir en sus escritos el predominio de ideales como los de libertad y solidaridad social, acentuados con idéntico énfasis, sobre la base de un optimismo vitalista que, descendiendo sin duda del pensamiento ilustrado del siglo XVIII, participa ya de algunos de los caracteres del socialismo de la primera mitad del XIX. Para este hombre de tan decidida fe en los valores terrestres, las expresiones religiosas de la conducta habían perdido ya su venerable prestigio. «La inmortalidad—diría—es una sombra

(1) Ob. cit., pág. 8.

(2) Id., págs. 8 y 9.

indefinida de la vida que cada uno extiende hasta donde alcanzan sus esperanzas y hace cuanto puede por prolongarla. Se complace el hombre sensible, figurándose su existencia prolongada en el interminable espacio de los tiempos, como se complace en ver, desde una altura, sucederse los valles, los montes y los bosques más allá de un horizonte sin fin» (1). Para el naturalista Rodríguez, afectado ya por el positivismo que habría de alcanzar su culminación ya promediado el siglo, aquello, muy natural y respetable como manifestación de los deseos del hombre, era al mismo tiempo un espejismo insostenible ante los ojos de la razón, la experiencia y la utilidad social, algo que, cultivado y estimulado, podía conducir a ese morboso culto de los muertos, que se le aparecía como una de las formas más condenables del colonialismo hispanoamericano: «En los más pobres de nuestros lugares tienen los vecinos con qué levantar edificios costosos para guardar cadáveres que deberían quemar, y ni en las ciudades principales se piensa en construir un pequeño edificio para conservar el alimento de la vida: las ideas sociales». Suntuosos mausoleos y escuelas misérrimas: en verdad, con esa observación anotaba Rodríguez uno de los rasgos ciertos de la vida de nuestros pueblos.

Su esperanza en América no le impidió, pues, poner el dedo en las llagas que su sistema de ideas le permitía o le obligaba a ver. Lo notable es que este hombre extravagante, este lunático, viera más y mejor que muchos de sus contemporáneos ilustres, a quienes el entusiasmo ideológico cegaba de tal manera, que no advertían en el mundo circundante por lo común sino aquello que se ajustaba a sus pensamientos. Naturalmente, de don Simón Rodríguez no puede hablarse sino por indicios, por lo que es posible adivinar leyendo sus elucubraciones apenas bosquejadas. Mas, en lo poco que de él nos queda se nota a las claras

(1) Ob. cit., pág. 66.

que su especulación no rehuía el pisar firmemente primero sobre la tierra, apoyándose en las cosas vistas y vividas más que en las lecturas y experiencias extrañas. De algo ha de servir, al fin y al cabo, recorrer a pie dos continentes! De esa masa informe de ideas locas brotan algunas luces más intensas que las que hallamos de ordinario en otros pensadores de la época: una cierta visión de la realidad y del futuro, hecha de fe y de observación, de dos cosas que se dieron rara vez juntas en nuestros hombres de letras. Hay en él, desde luego, una petición de originalidad dirigida a la América Española, que bien pudieran haber oído mejor nuestros abuelos, porque era un llamado a la autenticidad, una invitación a mirarse con más objetividad a sí mismos. «El respeto debido a los mayores no ha de ser tan profundo que degenera en veneración: antes de respetar se considera, se estima, se aprecia. La sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados Unidos son dos enemigos de la libertad de pensar en América. Nada quieren las nuevas Repúblicas admitir que no traiga el pase del Oriente o del Norte. Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo. Los estadistas de esas naciones no consultaron para sus instituciones sino la razón, y ésta la hallaron en su suelo, en la índole de sus gentes, en el estado de las costumbres y en el de los conocimientos con que debían contar» (1). «Los publicistas europeos suspiran por los desiertos de América para realizar, con poca gente, el proyecto de un nuevo orden social. Los publicistas americanos se avergüenzan de no verse rodando en un barrio de cien mil habitantes» (2). ¿Por qué no fijar la mirada en las condiciones reales de la vida hispanoamericana, para contar con ellas al asegurar la eficacia de una política nueva? La afirmación de la necesidad del Estado docente, sus reiteradas tentativas—no por frustradas menos reveladoras—en el sentido de funcionalizar la educación, su preocu-

(1) Ob. cit., pág. 30.

(2) Id., pág. 31.

pación por las masas, materializada en su lema de «colonizar el país con sus propios habitantes» y «para tener colonos instruirlos desde la niñez», su insistencia en la demanda de una nueva filosofía de la vida para estas naciones, hacen de don Simón Rodríguez una de las más interesantes figuras intelectuales de nuestra primera época republicana.